

# LOS PODEROSOS

*Para el que todo lo tiene, nada es suficiente.*

## LA REBELIÓN DE LAS ÉLITES MUNDIALES



MARCOS LÓPEZ HERRADOR

SEKOTIA

MARCOS LÓPEZ HERRADOR

# LOS PODEROSOS

*La rebelión de las élites mundiales*

SEKOTIA

© MARCOS LÓPEZ HERRADOR, 2023  
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2023

PRIMERA EDICIÓN: OCTUBRE DE 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Reflejos de Actualidad  
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román  
Maquetación: Miguel Andréu

[www.editorialalmuzara.com](http://www.editorialalmuzara.com)  
[pedidos@almuzaralibros.com](mailto:pedidos@almuzaralibros.com) - [info@almuzaralibros.com](mailto:info@almuzaralibros.com)

Editorial Almuzara  
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4  
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime:  
ISBN:  
Depósito:  
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

## Índice

PRÓLOGO.....	9
INTRODUCCIÓN .....	15
CAPÍTULO I. LA REVOLUCIÓN EN OCCIDENTE.....	27
CAPÍTULO II. TRAS LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (O cómo evitar el comunismo) .....	45
CAPÍTULO III. LA DÉCADA DE LOS SESENTA (Aquellos maravillosos años) .....	57
CAPÍTULO IV. LA CRISIS DEL PETRÓLEO (Un antes y un después) .....	71
CAPÍTULO V. EL NEOLIBERALISMO (Nada nuevo bajo el sol).....	81
CAPÍTULO VI. LA DÉCADA DE LOS OCHENTA (Reagan y Thatcher).....	97
CAPÍTULO VII. E. LACLAU O EL POSMARXISMO J. DERRIDA O LA DECONSTRUCCIÓN (La batalla cultural) .....	111
CAPÍTULO VIII. CAE EL MURO DE BERLÍN (... y sus cascotes sobre nuestras cabezas) .....	117
CAPÍTULO IX. LA GLOBALIZACIÓN (El mercado de competencia desleal que iguala en la miseria) .....	139
CAPÍTULO X. EL SIGLO XXI (El camino hacia el «gran reseteo»).....	159

CAPÍTULO XI. CHINA VERSUS OCCIDENTE (El modelo del diablo o el juego de la geopolítica).....	173
CAPÍTULO XII. FORO DE SÃO PAULO, GRUPO DE PUEBLA (El renacer del comunismo estatal).....	187
CAPÍTULO XIII. LA AGENDA 2030 (Serás esclavo y serás feliz).....	193
CAPÍTULO XIV. ¿HAY ESPERANZA? (El regreso a la razón y el conocimiento de la verdad).....	225
CAPÍTULO XV. LA REBELIÓN DE LAS ÉLITES MUNDIALES .....	241
BIBLIOGRAFÍA .....	267

*A Merche y Pablo*

## PRÓLOGO

Adentrarse en el verdadero conocimiento de los hechos históricos supone, cada vez más, un complejo y necesario reto tanto para el individuo, como para el conjunto de la sociedad. Lo catalogamos como reto, debido al proceso de disrupción y deformación en el tratamiento de la calidad informativa a través de toda clase de reinterpretaciones y retorcimientos de los hechos, atravesados generalmente, por un sesgo de carácter ideológico. Pero, toda reflexión capaz de estudiar desde un punto de vista constructivo y novedoso, los diferentes movimientos e influencias que han originado el mundo contemporáneo y sus diferentes vertientes hacia el futuro, son hoy, más que nunca, bienvenidos y necesarios.

Mucho se ha especulado sobre la verdadera naturaleza de la relación entre el poder y el individuo que representa al que Unamuno llamó la «intrahistoria»<sup>1</sup>. Porque, de esa relación, surgen las necesidades, pensamientos, estructuras y movimientos, que tienen como objetivo la supervivencia de una élite que domina los recursos humanos, naturales, tecnológicos y por supuesto económicos. Las estructuras de poder, pretenden influir en los comportamientos sociales a base de movimien-

---

1 La vida tradicional, donde las generaciones protagonizan de manera anónima el día a día, sirviendo de fondo permanente a la historia cambiante y visible de los hechos históricos.

tos tectónicos que, trazando una hoja de ruta construida para proteger sus intereses, incide directamente en el ámbito empresarial, geopolítico, económico y social, tanto de las naciones, como de las instituciones internacionales.

Los acontecimientos que han tenido lugar en el mundo desde la segunda de las dos guerras mundiales, han sido estudiados por diferentes corrientes, historiadores y ensayistas de distinta índole, pero sigue siendo aún, en muchos de los casos, una enorme fuente de confusión generada por la ingente cantidad de información que, muchas veces, se origina más en los relatos de ficción que en el estudio comprobado de los hechos. Poder discernir sobre nuestro pasado, es clave fundamental para comprender el presente y poder fabricar un futuro y, en ese trabajo, tanto el individuo como el colectivo social, tienen la responsabilidad de demandar y construir un eficaz conocimiento de la realidad que le rodea. La interpretación de los hechos históricos, tiene el objetivo final de poder reflexionar en libertad sobre nuestro presente, y tomar consciencia de que nuestro devenir, está forjado en los hechos del pasado y en las decisiones de quienes nos precedieron.

Desde el surgimiento de la tribu y el concepto de ciudadano como parte de un conglomerado que forma una estructura social, el mundo vive en un constante movimiento geopolítico donde, una élite espiritual, económica, institucional o empresarial, han dirigido el pensamiento, los actos y las necesidades de la sociedad, a través, fundamentalmente, de la gestión de los recursos disponibles y el control de la información.

Estas élites, son las que, a lo largo de la historia, han forjado desde sus propios intereses, los códigos legislativos, los códigos de conducta, los cauces de información, las normas morales y los sistemas económicos que han regido las civilizaciones desde tiempos inmemoriales.

La caída del Muro de Berlín, acontecimiento celebrado en todo occidente, supuso un cambio de directrices ideológico-



normativas, económicas y sociales que, envolviéndose en una capa de derechos democráticos y libertades, traía oculta también, una serie de consecuencias poco estudiadas y que, en este libro, suponen el punto de partida para una profunda y necesaria reflexión sobre lo que somos y lo que podemos llegar a ser.

El estado del bienestar surgido en la civilización occidental tras la Segunda Guerra Mundial, fue una consciente necesidad implementada por los Estados Unidos para, entre otras cosas, mantener la tentación del comunismo alejada de las clases obreras europeas, que se veían obligadas a subsistir en un continente devastado por la contienda, casi sin recursos e industria, y bajo la dualidad de un telón de acero que lo dividía radicalmente. Pero, tras la caída del Muro, el comunismo dejó de ser esa amenaza inminente y, por tanto, para las élites, dejaba de ser una prioridad el mantenimiento de ese estado del bienestar. Podríamos decir quizás, como apunta el autor, que ese estado fue en realidad, una excepción histórica al servicio de unos intereses del poderoso imperio americano para contrarrestar la tentación comunista en Europa. Desde entonces, una élite mundial cada vez más pequeña, se apropia inexorablemente de más riqueza y recursos, originando el verdadero crecimiento de la desigualdad. El sutil pero incesante empobrecimiento y desplazamiento de la clase media, cada vez más arrinconada intelectual, económica y productivamente, es lo que el autor llama la revolución inversa.

La explosión del mayo del 68, removió los cimientos de estas élites cuando, no sin cierto asombro, se dieron cuenta de que las generaciones más beneficiadas por el estado del bienestar, se rebelaban contra el propio sistema que les protegía y, supuestamente, cubría sus necesidades. Surgieron así, las llamadas batallas culturales de las ideologías de izquierda, centradas en expandirse desde los núcleos universitarios y las estructuras culturales, artísticas, filosóficas y del espectáculo. La escuela de Gramsci o la de Fráncfort, criticaban que

el obrero se había aburguesado y ya no era, a priori, un sujeto revolucionario. Se buscaron nuevos colectivos sociales que pudieran victimizarse a través de un proceso de identificación en la relación opresor–oprimido y, poder así, desarrollar nuevos conflictos sociales que pusieran en jaque a un cada vez más descontrolado capitalismo. Empezaban a permear nuevas formas de fabricar el relato al servicio de la ideología e incentivar nuevos modelos de lucha revolucionaria enmascaradas en colectivos que tomaban el protagonismo en favor de un proletariado acomodado.

Al tiempo, conceptos como el neoliberalismo y la globalización, comenzaban a jugar papeles fundamentales en este proceso. La imposición neoliberal, con la escuela de Chicago, estalla en los años ochenta, al fomentar un libre mercado sin supervisión y una sobre privatización de los recursos, dejando cada vez más esquelética la empresa pública para colocar en manos privadas el nuevo marco productivo de las naciones. La caída del muro, abre la puerta a la expansión de este modelo más allá de donde era imposible imaginarlo, llegando incluso a desmembrar la antigua unión soviética hasta balcanizarla y hacer de e el mayor experimento de este proceso.

El fenómeno de la globalización, acelerado por estas élites, no se lleva a cabo para expandir libertades o derechos fundamentales, sino que se circunscribe únicamente a lo económico. El entramado productivo, se externaliza a países con mano de obra barata. Multinacionales y grandes corporaciones, dueñas de las grandes marcas mundiales, consiguen rebajar costes y aumentar beneficios en poco tiempo, mientras que, paralelamente, se desmantela el entramado industrial de occidente, perdiendo éste su soberanía productiva y haciéndole esclavo de los países que, al mismo tiempo, compran masivamente su deuda.

Ya en el siglo veintiuno, se aceleran estos procesos y las élites desarrollan sus estrategias con una impunidad insaciable, que se reviste de un relato construido con una narrativa específica,

bien sonante y adoctrinadora. Se impone con una poderosa e imparable ingeniería social, que determina, por ejemplo, cuántos habitantes debe tener el planeta, cómo deben vivir, cómo comportarse o cómo deben pensar y consumir. Se restringen libertades de consumo y de mercado. Se imponen y supervisan todos los métodos de pago y formatos de producción. Se amplían las restricciones de movilidad, de pensamiento y de libertad creativa, informativa o de expresión. Y, sobre todo, se vigilan y persiguen cualquier iniciativa que ponga en duda este proceso. Todo ello, se gestiona envolviendo el discurso en una estudiada estructura narrativa que instrumentaliza el mensaje camuflado en conceptos como el ecologismo, la diversidad, la inclusión, la sostenibilidad o el progreso, fomentando un consciente y dirigido resurgir de los movimientos identitarios que agite a la población junto a las llamadas minorías históricas y sociales. El fervor adoctrinador, se abre paso arrollando la capacidad de discernimiento del individuo, que queda supeditado al discurso identitario tribal, el cual es atravesado por una sensación de opresión que fomenta una necesidad del supra estado.

Se acostumbra a la población, distraída en debates mediáticos y emocionales de corto alcance y gran calado narrativo, a aceptar el decrecimiento y el empobrecimiento asumiendo que, al no tener nada en propiedad, será más feliz.

En este contexto, se dibuja un nuevo orden mundial donde se pretende una Europa débil y dependiente de la industria armamentística, energética y narrativa del imperio americano. Los gobiernos del viejo continente y sus decisiones político-estratégicas, están bajo el manto protector y al servicio de las élites del poder mundial, al mismo tiempo que nuevos planteamientos resurgen para acabar con los valores que reconstruyeron los cimientos que dejó la Segunda Guerra Mundial. El objetivo, es destruirlo todo para reconstruirlo de nuevo. Reconstruir un mundo con una masa social absolutamente servil y acrítica. Colectivizada e incapaz, Atada al discurso oficial, alejada de la

verdad y de toda capacidad de discernimiento. Empobrecida, pero feliz. Dependiente y aduladora de estados cada vez más necesitados de impuestos para sostener, a duras penas, tanto sus insostenibles e insaciables estructuras como a una población empobrecida e imposibilitada. Y todo ello, implementado gracias a un relato unificado que convierte la narrativa de ficción, en una falsa realidad con la que identificarse.

Las élites, termina por controlar el capital, (*El dinero*), los medios de información (*la información misma*), la distribución de recursos (*la materia*) y las cadenas de producción (*El producto*). Solo así, estas superestructuras de poder, son capaces de subsistir en el tiempo y satisfacer sus necesidades. Destruyen el soberanismo de las naciones y condenan al individuo. Su modus operandi, en absoluto tiene que ver con la creencia popular de las llamadas teorías de la conspiración. Trabajan en un silencio indetectable que poco a poco, se hace uniforme. Porque, al fin y al cabo, no tendrás nada, y serás feliz. Eso sí, siempre pensando que todos, hemos caído en el lado correcto de la historia.

*Los poderosos. La rebelión de las élites mundiales* es una explosión de fresca creatividad que eclosiona en un profundo y extraordinario estudio de la realidad social contemporánea, con sus causas y sus posibles consecuencias. Es una obra para consumirla a dentelladas, apretando el acelerador de las emociones y con el freno vigilante de la razón. Es, un soplo de esperanza hacia el despertar de una masa dormida, que necesita el grito de nuestros sabios y la inquietud de los inconformistas. Y es que, aunque no somos parte de los poderosos, tras la lectura de este libro, estaremos más lejos de todo aquello que ellos mismos desprecian, y más cerca de a lo que realmente temen.

Luis María Ferrández.  
Doctor en comunicación por la UCM  
Guionista y escritor  
Septiembre de 2023.

## INTRODUCCIÓN

«La fatalidad alcanza al hombre cuando los dioses deciden su destino».

Todos los occidentales que han tenido la suerte de nacer en la segunda mitad del siglo XX han vivido una experiencia única en la historia de la humanidad, dado que, en general, han experimentado una existencia enmarcada en una época caracterizada por el desarrollo de un progreso continuo, que comienza con el final de la Segunda Guerra Mundial, ha llegado hasta los primeros años del siglo XXI y nos ha proporcionado un periodo de paz y prosperidad como no ha conocido jamás el ser humano.

Quienes lo han vivido lo han interpretado como parte del proceso de la evolución humana y en concreto de la cultura occidental, que no es otra cosa que la cultura grecorromana con ciertas influencias germánicas, recibida a través del cristianismo, y que ya en la Edad Contemporánea ha incorporado las aportaciones de la Revolución francesa, como la democracia liberal, la consolidación de la Revolución Industrial y el capitalismo.

Entienden además que nuestra cultura no ha hecho otra cosa que avanzar y perfeccionarse a lo largo de su historia y que ese mundo en el que hemos vivido no es más que un paso

adelante dentro de un proceso que no tiene otro destino que mejorar en el futuro.

Lamentablemente, los acontecimientos ocurridos en las dos últimas décadas han venido a demostrar que lo vivido no es más que una burbuja en el contexto de una realidad histórica bien diferente.

El continuo desarrollo económico, un cada vez más justo reparto de la riqueza, la creación del estado de bienestar y la garantía de derechos individuales, en el marco de democracias estables, se sostuvo, sobre todo en Europa, para mantener alejados a los trabajadores de toda tentación para llevar a cabo una revolución comunista durante la llamada Guerra Fría.

Mientras la Unión Soviética estuvo en pie, en Europa occidental se mantuvo este sistema de paz, prosperidad, progreso y libertad, pero la caída del Muro de Berlín, lejos de significar —como en un principio se proclamó— que la democracia, la economía de mercado y las libertades se iban a extender por todo el mundo, supuso, sin embargo, todo lo contrario.

Los nuevos tiempos nos han obligado a hacer frente a una nueva realidad, la cual se deduce de la aplicación del principio único que ha regido la distribución de la riqueza desde el origen de los tiempos, y que no es otro que el que podemos expresar al decir que la élite dominante se apropia de toda la riqueza disponible y deja las migajas al resto, bien porque no le merece la pena el esfuerzo de adquirirlas, bien porque le conviene dejar algo disponible para evitar rebeliones que puedan incomodarla en el disfrute de esas riquezas. Este y no otro es el principio que ha regido siempre.

Una vez desaparecido el peligro comunista, quienes todo lo pueden han dispuesto que ya no es necesario destinar la ingente cantidad de recursos que se empleaban en el sostenimiento del estado de bienestar y han decidido apropiarse de esa riqueza para sí.

Quienes aún están convencidos de que en Occidente se ha producido la forma más depurada y completa de democracia que se ha conocido y que se trata de un sistema político que garantiza con eficacia los derechos básicos de los ciudadanos, su libertad, seguridad, progreso y bienestar deberían cuestionarse si esto es realmente así en la práctica.

La democracia es un sistema político basado en el principio de que la soberanía nacional reside en el pueblo, que elige a sus representantes para que legislen y a sus Gobiernos mediante elecciones libres. Estos ejercen el poder recibido dentro de un Estado de derecho, donde instituciones y ciudadanos están sometidos al imperio de la ley, y todos son iguales ante la misma.

Este sistema se fundamenta en la división de poderes entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial para impedir toda inclinación a la tiranía, y garantizar la seguridad personal, los derechos básicos y el ejercicio de las libertades esenciales de los ciudadanos.

Se entiende que, de este modo, la política, la economía, la cultura y los valores compartidos serán el resultado de la voluntad del conjunto de los ciudadanos ejercida por instituciones que los representan.

La democracia, tal y como hoy la conocemos (sin mencionar los antecedentes clásicos), resulta de un largo proceso histórico que se inicia, en lo que a Occidente se refiere, con la Revolución americana de 1776 y la Revolución francesa de 1789. Es decir, se trata de una realidad con un desarrollo de más de doscientos años.

Tras ese largo periodo de democracia asentada en Occidente, podríamos deducir que la sociedad actual es la que se corresponde con la voluntad de los ciudadanos que la componen.

Tras la Segunda Guerra Mundial, en la Europa occidental se han incrementado las democracias basadas en economías sociales de mercado, en las que los trabajadores han alcanzado

conquistas desconocidas en el mundo hasta este momento, al menos en el grado y extensión logrados. Me refiero a triunfos como la sanidad y la atención médica universal; la formación, obligatoria y gratuita, hasta adquirir una educación general; el derecho a percibir una pensión digna a partir de una edad en la que todavía la vida puede ofrecer algo más que envejecer y morir; un seguro de desempleo que cubra con cierta dignidad la eventualidad de que tal situación se produzca; y otros avances sociales. Todo ello sin olvidar la labor que, en el periodo al que me refiero, han tenido las empresas como elementos activos de cohesión social al proporcionar estabilidad en el empleo, posibilidad de mejora de carreras profesionales y convertirse en mecanismos de ascenso social y de progreso económico para sus empleados.

Las políticas económicas desarrolladas hasta hace pocos años han alentado medidas orientadas al pleno empleo, al incremento de la riqueza y a un reparto justo y equitativo de esta a través de los salarios y de un sistema fiscal en el que cada cual contribuye, con un sentido progresivo, según sus rentas y posibilidades. La vertebración y cohesión social conseguida, al menos hasta el año 1973, y en nuestro país en los años ochenta, no tiene parangón en la historia. No parece que haya que hacer ningún esfuerzo para reconocer que todos esos logros y forma de vida se alcanzan con el consenso democrático de sus protagonistas, y reflejan, en general, la voluntad de los ciudadanos, expresada a través de las instituciones que los representan.

Sorprende, sin embargo, cuando hoy comprobamos nuestra realidad, que algunos elementos esenciales de la misma sean el resultado de la voluntad democrática de los ciudadanos. Llama la atención que se produzca de la decisión de los ciudadanos, democráticamente ejercida, que, lentamente desde 1973 y de forma brutal desde 1989, con la caída del Muro de Berlín, se produzca el desmantelamiento del estado de bienestar, que con tantos esfuerzos se logró. Deberíamos deducir que, del mismo



modo, los ciudadanos han decidido que es mejor para ellos disfrutar de las ventajas de la inseguridad y precariedad del trabajo, que la forma de organizarlo sea a base de contratos a tiempo parcial, contratos temporales o trabajo por cuenta propia y que la inestabilidad en el empleo colma todas sus aspiraciones. Parece que los ciudadanos han decidido democráticamente que sus sueldos suban cada vez menos, mientras la riqueza crece de forma exponencial, siendo así excluidos de participar en el incremento de esa riqueza que con su esfuerzo y aportación se genera; que la negociación colectiva se abandone porque debe de resultar estupendo que los más fuertes negocien con los débiles en términos de igualdad, pues por experiencia sabemos, en tales circunstancias, quiénes salen beneficiados; que los sindicatos pierdan su influencia y su capacidad de representación; que la edad de jubilación se alargue y se perciban pensiones más bajas; que el sistema tributario excluya a los que más tienen y que sean los trabajadores quienes carguen con el peso del sistema; que los gestores de las grandes empresas no tengan sueldos astronómicos, sino que ganen verdaderas fortunas anuales, mientras reducen plantillas y sueldos a los empleados; que la asistencia sanitaria se degrade y que quien tenga medios se provea de un seguro privado; que la enseñanza y la formación de nuestros hijos sea cada vez de peor calidad y los condene a un paro seguro; que la enseñanza superior resulte cada vez más cara y elitista; que se esté destruyendo la clase media y proletarizando a la sociedad en su conjunto; que crezca la desigualdad entre los que más tienen y haya un número cada vez mayor de personas en o al borde de la exclusión social; que nuestras fábricas cierren porque los productos se fabrican en China con un *dumping* social, medioambiental, político y de derechos humanos inaceptable; que nuestros hijos no puedan encontrar un trabajo digno e independizarse antes de cumplir los treinta años; que la familia sea destruida; que el desarraigo y la deslocalización sean la pauta para ganarse

la vida; que el Estado haya perdido soberanía y sea incapaz de desarrollar políticas macroeconómicas autónomas, por lo que su papel queda reducido a diseñar políticas microeconómicas y a poner en práctica actuaciones que promueven una flexibilidad todavía mayor del trabajo y de la productividad, lo cual es una mera muestra de las transformaciones que en absoluto hemos decidido.

Cabe preguntarse si efectivamente esa es la voluntad de los ciudadanos; si esta realidad es una meta propuesta y alcanzada porque refleja la sociedad a la que aspiramos y por la que hemos luchado. Si concluimos que no, hay que preguntarse entonces por la calidad del sistema democrático. ¿Qué democracia es esta en la que se impone aquello que los ciudadanos no quieren? Si ellos no son los que deciden, ¿quién decide? y ¿con qué legitimidad?

Puede argumentarse que las sucesivas crisis desde 2008 están imponiendo la necesidad de ajustar todos los sistemas a una nueva realidad en la que los recursos han quedado muy limitados. Se habla de la crisis como si nos refiriéramos a un fenómeno meteorológico, como si se tratara de una catástrofe natural, como una fatalidad que hemos de superar con el esfuerzo de todos. Y se trata de desgracia cuando nuestros dioses de la economía han decidido nuestro destino. Cualquiera que conociera algunos fundamentos económicos básicos se daba cuenta, en el momento de máxima alegría y dispendio, en el ciclo económico, que aquello no podría sostenerse sin causar un grave daño, que antes o después se pararía la rueda y la ruina estaría servida. ¿Dónde estaban los expertos? ¿Dónde se encontraba la voluntad de evitar la tragedia?

Ya en los años ochenta, el gran gurú y profeta del neoliberalismo, Milton Friedman, dejó escrito:

Solo una crisis da lugar a un cambio verdadero.  
Cuando esa crisis tiene lugar, las acciones que se llevan

a cabo dependen de las ideas que flotan en el ambiente. Creo que esa ha de ser nuestra función básica: desarrollar alternativas a las políticas existentes para mantener vivas y activas esas alternativas hasta que lo políticamente imposible se vuelva prácticamente inevitable.

Según Friedman, una vez desatada la crisis, es de la mayor importancia actuar con rapidez e implacablemente para imponer los cambios rápida e irreversiblemente antes de que la sociedad afectada vuelva a recuperar su *statu quo*. «Una nueva administración disfruta de seis a nueve meses para poner en marcha cambios legislativos importantes; si no aprovecha la oportunidad de actuar durante ese periodo concreto, no volverá a disfrutar de ocasión igual».

Naomi Klein dice que Friedman entendió lo importante que era una crisis o un estado de grave inseguridad, miedo o sensación de vulnerabilidad a gran escala cuando fue asesor de Augusto Pinochet, al que aconsejó, en los años setenta, la reducción de impuestos, el libre mercado, la privatización de los servicios públicos, el recorte de gasto social, la desregulación y la liberalización general.

No creo que, llegados a este punto, resulte demasiado audaz afirmar que las crisis han sido inducidas y provocadas por unos pocos con la complicidad culpable o negligente de un sistema que ha perdido toda frontera de humanidad y decencia. Y lo peor es que este planteamiento no es descabellado cuando comprobamos cómo se vienen sucediendo crisis de distinta naturaleza y calado, como la financiera, la producida por el COVID o la guerra de Ucrania, a la vez que se van gestando otras a la vista de todos, como la de la deuda pública.

El objetivo no es otro que acabar con el estado de bienestar y apropiarse, en beneficio de esos pocos, de los recursos que a él se destinan, reducir el trabajo a la consideración de mero factor de producción, a simple mercancía cotizada en un mercado, controlado a la baja por la oligarquía dominante, y destruir

todo poder de negociación de los trabajadores sobre las condiciones y dignidad en que debieran llevar a cabo su actividad. Se trata de convertir uno de los ámbitos fundamentales del desarrollo humano en mera mercancía incapaz de satisfacer otra aspiración que no sea la de sobrevivir con medios precarios y poder atender solo las necesidades más inmediatas y primarias.

Durante los últimos cuarenta años, en los que el crecimiento económico no ha dejado de incrementarse, la gran mayoría de la población ha visto cómo su renta disponible disminuía de manera constante. La riqueza ha ido concentrándose de forma abrumadora en una fracción del 1 % de la población, que hoy se apropia de dos de cada tres dólares que el mundo produce. Se trata de esa pequeña minoría compuesta por los grandes propietarios, empresarios y financieros, la mayoría de los ejecutivos de las grandes corporaciones, de empresas financieras y de alto riesgo y sus asociados, políticos, altos funcionarios del Estado, miembros de instituciones de control, etc. Baste decir que los cien hombres más ricos del mundo, según la última lista de la revista *Forbes*, acumulan fortunas que en su conjunto suman seis billones de dólares (6 000 000 000 000). Es decir, no billones americanos (mil millones), sino tal y como se definen en el sistema europeo (un millón de millones).

Así, poco a poco se ha ido perfilando una estructura social donde la clase media tiende a desaparecer y se pretende que solo exista una élite dominante, por un lado, y una masa proletarizada, por otro lado. A nivel mundial hay un desplazamiento de poder desde el que podía tener el pueblo trabajador hacia esa élite que adquiere una posición de inmensa concentración de poder y riqueza. Este desarrollo no se debe a ninguna ley económica o de la naturaleza, sino a la voluntad concreta de quien puede imponer aquello que le conviene, aunque sea en perjuicio del resto.

Desde 1973, y de forma descarnada desde 1989 con la caída del comunismo, un sistema que ha incrementado constante-

mente la generación de riqueza, en relación con los trabajadores, no tiene otra alternativa para estos que el recorte de los salarios directos, de los indirectos en forma de gasto social y de los salarios diferidos en forma de pensiones. Cuando la economía va bien se dice que estos recortes se realizan para que no vaya mal, para evitar la inflación y, cuando va mal, para que vaya bien.

La evolución de los ciudadanos con menos ingresos en el último medio siglo y su diagnóstico son desoladores. Cada vez nacen más niños fuera del matrimonio, cada vez menos personas tienen un empleo estable y cada vez más mujeres se ven obligadas a criar solas a sus hijos. El tejido social de los barrios ha desaparecido y el ambiente se ha deteriorado por el desempleo, el alcoholismo y la drogadicción.

Estados Unidos, por ejemplo, es un país dividido entre élites acantonadas en los barrios más exclusivos de las metrópolis y un proletariado depauperado por la pobreza económica y espiritual. No obstante, esto no fue siempre así. A principios de los sesenta, ricos y pobres compartían los mismos códigos morales y un estilo de vida muy similar. Todos aspiraban a casarse y a tener un buen empleo y el divorcio era la excepción en todos los estratos de la sociedad. Esa América empezó a desaparecer con el asesinato de John F. Kennedy. No cabe duda de que el país ha prosperado, pero los estadounidenses han dejado de compartir la misma cultura cívica. La clase obrera se ha ido apartando del matrimonio, de la religión y del respeto por la ley, y en el otro extremo ha ido desarrollándose una élite cada vez más aislada de la sociedad. Por otra parte, se ha detenido la movilidad social: el 80 % de los estudiantes de élite procede de familias ricas, y solo el 2 % de los estudiantes de esas universidades proceden de barrios obreros.

La dimensión de los cambios que se están produciendo en el mundo es difícil de abarcar, al faltarnos perspectiva histórica, pero cada vez resulta más evidente que el mundo que hemos

conocido no volverá; que los pilares ideológicos, filosóficos, éticos y morales que forman el alma de la cultura occidental se están sustituyendo a ojos vista; que los fundamentos históricos que han otorgado nombre y sentido a lo que se ha dado en llamar la Edad Contemporánea están quedando atrás en el tiempo; que los nuevos avances científicos y de las tecnologías de la información, el llamado *big data*, la robótica, el desarrollo de la inteligencia artificial, la irrupción de la realidad virtual y el llamado metaverso, así como las nuevas tecnologías para producir energía, la nuclear de fisión y el conocimiento del universo están afectando a la propia identidad del ser humano.

Si a lo dicho añadimos la fuerza con la que se pretende imponer en el mundo una nueva ideología, basada en el intento de hacer resurgir una suerte de neocomunismo, sospechosamente apoyada por las élites mundiales hipercapitalistas, obtendremos un cuadro más que preocupante y quizás aterrador de hacia dónde se dirige el mundo en nuestros días, que tampoco puede encontrar tranquilidad con la aparición de un nuevo actor internacional como es China, que aspira a la hegemonía mundial.

En las páginas que siguen pretendo explicar el proceso a través del cual hemos llegado al punto en el que nos encontramos mediante la descripción de la evolución desde el final de la Segunda Guerra Mundial, pasando por los años sesenta y setenta (con la crisis del petróleo) y sin olvidar los años ochenta y el significado que tuvieron los Gobiernos de Reagan y Thatcher. A continuación, me refiero a la caída del Muro de Berlín, que fue la señal para imponer de forma definitiva y sin contemplaciones lo que conocemos como neoliberalismo al mundo entero a través de la globalización, convertida en globalismo, y otros instrumentos, como los dogmas de género, identidad, feminismo radical, corrección política, destrucción de la familia y de la figura de autoridad, ecologistas y totalitarios para llevar a término los planes de una minoría dominante que

se nos está imponiendo, por encima de cualquier consenso, y que, de momento, nos ha situado ante la peor crisis económica y de valores morales que se ha conocido y que está poniendo al borde del abismo nuestra cultura occidental.

Vivimos una gran transformación que está cambiando radicalmente el mundo tal y como lo conocemos y, en lo que a la economía mundial se refiere, nos encontramos ante una revolución cuya característica más sorprendente es que por primera vez en la historia no es una clase inferior la que desplaza a una superior en el poder, sino que la clase dominante, desde el propio poder, está transformando revolucionariamente las estructuras conocidas para excluir a la gran masa de ciudadanos de toda opción que suponga el ejercicio de control o de participación por derecho en la gestión de cómo se reparte la riqueza. Se trata, en esta ocasión, de la «rebelión de las élites mundiales».

Pretenden que la realidad llegue a ser tal y como una vez la describió José Fouché, que dijo: «El mundo se compone, con muy pocas excepciones, de bribones más o menos hipócritas y de imbéciles más o menos felices».

## CAPÍTULO I

# LA REVOLUCIÓN EN OCCIDENTE

«No hay revolución que no destruya gran parte de lo bueno y deje de imponer sus propios males».

Si bien el proceso de transformación cultural, económico y social al que nos vemos sometidos, y del que trata este libro, se ha puesto de manifiesto en sus formas más virulentas a partir de la caída del Muro de Berlín, el camino recorrido no se entendería sin remontarnos al origen y considerar así algunos antecedentes históricos.

El Renacimiento fue un periodo de transición entre la Edad Media y la Edad Moderna que supuso una ruptura radical con el pensamiento anterior y las formas de concebir el mundo. Durante mil años Dios había estado en el centro, y el pensamiento se había desarrollado bajo formas teológicas, basadas en la fe, el dogma y el alejamiento de toda razón, dado que la libertad de criterio se vio no solo marginado, sino perseguido por una Iglesia dominante que castigaba con las más severas penas toda disidencia, que se tachaba de herejía. Este periodo de transición nació en Italia a mediados del siglo XIV y se



extendió a lo largo de la Europa occidental durante los siglos XV y XVI.

Graves y terribles acontecimientos vinieron a poner en cuestión toda una forma consolidada por los siglos de ver el mundo. La peste negra, que alcanzó su punto álgido entre 1347 y 1353, acabó con más de un tercio de la población europea y dejó en entredicho la supuesta protección divina sobre la cristiandad. De aquella crisis se salió con el decidido propósito de renacer, mediante la creación de un mundo nuevo, basado en la recuperación de la confianza en el hombre como centro y medida de todas las cosas, lo que se dio en llamar humanismo.

Ya los contactos con Constantinopla para intentar recuperar la unidad entre la Iglesia católica y la griega habían producido el efecto de influir notablemente sobre los negociadores occidentales, menos civilizados que los orientales. La caída de Constantinopla, en 1453, produjo la emigración de muchos de aquellos sabios, que llegaron con numerosas e importantes obras de arte y literarias, en especial de Platón y Aristóteles, desconocidos por aquel entonces en Occidente, lo que suscitó un nuevo fervor por el estudio de los clásicos grecorromanos. El descubrimiento de la obra de Vitrubio, arquitecto de la Roma imperial, motivó un renacer de la arquitectura inspirada en sus formas clásicas.

Por otro lado, la falta de mano de obra provocada por la epidemia de peste en el siglo anterior motivó la búsqueda de soluciones imaginativas que impulsaran nuevas formas de creación de riqueza. La apertura de nuevas rutas de navegación, los avances en las técnicas de construcción de buques, el avance en los conocimientos de astronomía y el descubrimiento de América y su conquista generaron una nueva confianza en el ser humano que se convirtió en el centro de referencia para una nueva época. El nuevo desarrollo científico supuso una forma de alcanzar el conocimiento mediante el uso de la razón y no a través de la fe. El descubrimiento y difusión de la imprenta

potenció sin límites todo este proceso. Es en este contexto en el que se produce la Reforma protestante que, apoyándose en la libre interpretación de la Biblia, inculcó un nuevo espíritu de independencia, hasta no reconocer ninguna autoridad.

De este modo surge el concepto de modernidad, con tal fuerza, que, en la división de la historia por edades, cada epígrafe —Edad Antigua, Edad Media, Edad Contemporánea— hace referencia al momento histórico temporal en la que se sitúa una en relación con las otras. Solo la Edad Moderna se define con un concepto de contenido sustantivo, al margen del lugar que esta etapa ocupa en el tiempo.

Lo moderno se concibe como todo aquello que, aun siendo nuevo, aparece con un potencial tal que es capaz de transformar a mejor la sociedad. Todo lo antiguo pasa a ser visto como una rémora, como la causa de todos los males, como la barbarie que destruyó la gran cultura grecolatina, como superstición, irracionalidad, una forma de dominación y sometimiento, y, con el tiempo, todo ello se va asociando al cristianismo y al pensamiento generado a lo largo de la Edad Media.

Se sientan las bases que van a contraponer la razón con la fe, el conocimiento científico con la superstición, la libertad con la opresión y, en definitiva, la luz y la oscuridad. De este modo se abre el camino a la Ilustración y el Siglo de las Luces, como una etapa de reformas que precederá al de las revoluciones.

El descubrimiento y la conquista de América, con el creciente flujo de metales preciosos hacia Europa, incrementó el comercio hasta niveles insospechados, convirtiéndose en global. El poder político siguió en manos del monarca y la aristocracia, que seguía acaparando cuanta riqueza le era posible, pero el nuevo desarrollo económico hizo que comenzara a surgir una nueva clase, la burguesía, que dio lugar a la aparición de un incipiente capitalismo y que exigiría su lugar en la estructura de poder.

Durante el siglo XVIII se produjo en Europa un poderoso movimiento científico, filosófico y literario que aceleró la caída

de las antiguas instituciones y preparó el advenimiento de un nuevo orden de cosas. La práctica de la tolerancia política y la libertad religiosa instaurada en Inglaterra en 1688 inspiró al filósofo Locke la difusión entre la sociedad ilustrada de una llamada religión natural que profesaron los librepensadores. Contrariamente a lo que proclamaba el cristianismo sobre la caída de la naturaleza humana, la religión natural consideraba al hombre esencialmente bueno. Estas ideas fueron propagadas en Europa por los filósofos franceses, como Voltaire, defensor a ultranza de la tolerancia religiosa, Montesquieu, abanderado de la libertad política, y Juan Jacobo Rousseau, cuyas obras de mayor relevancia no fueron de carácter político, sino que tuvieron más bien un carácter social y pedagógico. Basándose en la supuesta bondad del ser humano, era defensor de un retorno a la naturaleza y de una vida pacífica que propiciara el desarrollo de cualidades naturales dirigidas a la adquisición de conocimientos físico-naturales y artísticos. Se trataba de preservar un moralismo laico y humanitario que rechazaba la tradición religiosa y social. En su *Contrato social* (1762) estableció las líneas de una democracia colectivista, bosquejó los fundamentos del régimen democrático, afirmó que los ciudadanos de una nación, todos ellos iguales en derechos, han de participar en la soberanía expresada en la ley como manifestación de la voluntad general, mientras el poder ha de ser ejercido por el pueblo o por un Gobierno que lo represente. Estas teorías estaban inspiradas en las de Locke, pero Rousseau supo insertar en ellas una explosiva metafísica basada en la bondad natural del hombre y un entusiasmo casi religioso por la libertad y la igualdad.

Todas estas ideas fueron difundidas por los enciclopedistas franceses, que contribuyeron a generar la certeza de que el avance de los conocimientos conducía a la humanidad a un continuado progreso que la llevaría a un estado superior. Este progreso incrementaba en muchos individuos el desprecio por el pasado, el desdén hacia la antigüedad y una evidente hosti-

lidad hacia el catolicismo. La Iglesia perdió influencia y, como consecuencia de ello, se elaboraron nuevas concepciones del mundo, ya fueran racionalistas, deístas o materialistas. Las técnicas se estaban perfeccionando, los descubrimientos y los adelantos se sucedían en Europa, que se puso al frente del mundo para dominarlo. Es una evolución producida a lo largo de todo el siglo que culminará con la Revolución de 1789.

Con la Revolución francesa se inició en Europa la era revolucionaria, que de una forma u otra ha caracterizado nuestra realidad y ha llegado hasta nuestros días.

La revolución de las colonias inglesas de América del Norte (1776-1783) había dado lugar al nacimiento de un nuevo país independiente, los Estados Unidos, único en la historia surgido desde su origen como una democracia, como una república de carácter liberal. En Francia, la Revolución dio lugar a un proceso mucho más complejo entre 1789 y 1815 que puso fin al absolutismo monárquico, suprimió los privilegios de clase y exaltó el individualismo, iniciando la época liberal. Otros acontecimientos vinieron a remarcar el radical cambio de era que se estaba viviendo. Entre 1810 y 1822 se produjo la independencia de Hispanoamérica y Brasil, que dio lugar al nacimiento de una serie de Estados con Gobiernos republicanos.

Una nueva clase, una nueva élite dominante se hace con el poder político y económico, con una visión fuertemente materialista y laicista en su concepción del mundo, a veces violentamente anticristiana. La fuerte acumulación de capital dará lugar a nuevas formas de producción capitalista basadas en la revolución maquinista e industrial que se lleva a término y que cambia todas las relaciones sociales, tal y como eran concebidas hasta la fecha.

En el siglo XIX se produce un fuerte desarrollo del capitalismo industrial en lo económico y se suceden una tras otra las revoluciones en lo político, tendentes a evitar la consolidación de la reacción autócrata e inclinación absolutista nacida

del Congreso de Viena, tras la derrota de Napoleón. En 1820, en España surge la revolución como respuesta a la restauración del absolutismo de Fernando VII, que afectó sobre todo al sur de Europa. Sus ejes fueron el liberalismo y el nacionalismo. Predominaron en su ejecución las sociedades secretas como la masonería o los carbonarios. En 1830, en París, las clases medias y populares se alzan contra Carlos X y su gobierno autocrático. El pueblo exigía reformas políticas, ampliación del sufragio censitario, libertad de expresión y prensa, así como la desaparición de la censura. En tres días consiguieron derrotar al ejército real, y con la intervención de Lafayette se situó en el trono a Luis Felipe de Orleans, el llamado Rey Ciudadano. Las revoluciones de 1848 fueron la tercera oleada de los movimientos revolucionarios que acabaron con la Restauración. Además de su condición liberal, tuvieron un marcado carácter nacionalista y dieron muestra por primera vez de la existencia de un movimiento obrero, al punto de que el 21 de febrero de ese año se publicó en Londres el *Manifiesto comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels. Tras la derrota en la guerra franco-prusiana, en 1871 la Comuna instauró brevemente un Gobierno de clase obrera en París. Durante sesenta días se aplicó una suerte de socialismo autogestionario, que decretó la autogestión de las fábricas abandonadas por sus dueños, la creación de guarderías para hijos de obreras y la laicidad del Estado, entre otras medidas, como la obligación de las iglesias de acoger a las asambleas de vecinos y sumarse a las labores sociales, la remisión de alquileres impagados o la abolición de los intereses de las deudas. Aquel movimiento fue reprimido con extrema dureza y ocasionó la muerte de veinte mil víctimas.

La burguesía, que había encabezado la Revolución Industrial, se había hecho con todo el poder político y económico, había transformado el sistema productivo, implantando con éxito las formas de producción capitalista, y había cambiado radicalmente la estructura social, lo que dio lugar al nacimiento de la

clase obrera, sometida a un proceso de explotación como no se había conocido desde el uso del trabajo esclavo. La mayor parte de la población siguió viviendo en las zonas rurales, donde las relaciones de vecindad y sus pequeñas producciones agrícolas y ganaderas le daban cierta seguridad, pero aquellos que inmigraron a las zonas urbanas se vieron desarraigados al convivir en las ciudades en un contexto de miseria, insalubridad y falta de alimentos, al irse insertando en las industrias que se estaban desarrollando, y sufriendo además un desprecio social que se convirtió en caldo de cultivo para la acción revolucionaria. Tanto Marx como Engels tomaron como un referente ejemplar la Comuna de París, a la que señalaron como un ejemplo de lo que sería la dictadura del proletariado.

En febrero de 1848 Marx y Engels publican el *Manifiesto comunista* por encargo del II Congreso de la Liga Comunista. Se trata de una obra sencilla, crucial e imprescindible para entender el marxismo. En ella se plasma una nueva forma de concebir el mundo, una suerte de catecismo para que la stirpe humana camine hacia su perfección. Se hace una aplicación del materialismo para comprender la sociedad; se proclama la dialéctica como la doctrina más completa y profunda del proceso de desarrollo humano y social; se establece la teoría de la lucha de clases como motor de la historia, además de la misión revolucionaria universal del proletariado, como creador de la nueva sociedad comunista, fijada a modo de ideal último. En su contenido destaca la relevancia de la lucha de clases que ha conducido finalmente al enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado. Se reconoce el valor revolucionario de la burguesía, que ha conseguido derribar las instituciones feudales y patriarcales. Admite su éxito al extender su forma capitalista de producción con el que se somete a todos. Pero, además de hacer brotar fabulosos medios de producción, ha creado también al proletariado, convertido en mero apéndice de la maquinaria, con un salario que se reduce al mínimo necesario para

mantenerse con vida y perpetuarse. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar y así solo les queda destruir todos los aseguramientos y seguridades privadas que hacen fuertes a los demás. Mientras la clase burguesa concentra la riqueza en pocas manos, crece el empobrecimiento del obrero. Ante esta situación, el objetivo de los comunistas no es otro que el derrocamiento del régimen burgués y llevar al proletariado a la conquista del poder, bajo el lema de la abolición de la propiedad privada. Hay que eliminar la cultura burguesa, porque toda ella es un simple producto del régimen burgués de propiedad y producción. En este orden de cosas, se hace necesario abolir la familia, suplantando la educación doméstica por la social. Es necesario acabar con la patria, la nacionalidad, pues los trabajadores no tienen patria y solo se deben a la fraternidad universal. El primer paso de la revolución obrera ha de ser la toma del poder por el proletariado para despojar a la burguesía de todo el capital, de los instrumentos de producción, concentrándolos en manos del Estado. Esto solo podrá llevarse a cabo mediante la utilización de la violencia. La propiedad debe ser expropiada, se ha de gravar a los que más tienen con un fuerte impuesto progresivo. Se debe abolir el derecho a la herencia, centralizar el crédito en el Estado, nacionalizar los transportes, la distribución, etc. Para alcanzar el poder, ha de buscarse la colaboración de los partidos de oposición al poder conservador, apoyándose en la burguesía liberal, mientras actúe revolucionariamente, dando con ella la batalla a cualquier intento de absolutismo, a la gran propiedad feudal y a la pequeña burguesía. Se trata de que, en el momento en que sean destituidas las clases reaccionarias, comience automáticamente la lucha contra la burguesía. Finalmente, queda claro que estos objetivos solo serán alcanzados derrocando violentamente todo el orden social existente.

La obra fundamental de Marx es *El capital*, escrita en estrecha colaboración con Engels. En ella se trata de ofrecer una

explicación lógica y sencilla del funcionamiento de la economía. Sin embargo, no lo consigue. De forma sucinta, Marx trata de establecer el principio de que el valor de las mercancías depende de la cantidad de trabajo invertido en ellas (teoría del valor-trabajo). Por otra parte, el empresario obtiene su beneficio al no pagar al trabajador todo el valor del trabajo que este aporta (teoría de la plusvalía). De este planteamiento se derivan tres leyes que permiten predecir la decadencia del capitalismo: la ley de la tasa decreciente del beneficio, por la que la mayor competitividad exige mayor inversión en maquinaria, da lugar a que se reduzca el número de obreros de los que obtener plusvalías, con lo que esta disminuye y se reduce la tasa de beneficio de un capital que cada vez ha de ser mayor; la ley del empobrecimiento creciente de la población ocasiona que, dado que los trabajadores reciben un salario mínimo, que únicamente los mantiene con vida, solo les permite ser reemplazados por unos hijos que no saldrán de la miseria; y la ley de la acumulación del capital, por la que cada vez quedará un menor número de propietarios capitalistas que serán los que tengan la capacidad de comprar la nueva maquinaria, con lo que el capital estará en menos manos. La conclusión es que no hay que esperar a que la situación llegue a ese extremo y se hace imprescindible derogar el sistema capitalista mediante la violencia.

El marxismo es una ideología que pretende la construcción de una sociedad humana ideal, mediante la abolición de la propiedad privada, la derogación por la violencia del orden social existente y la dictadura del proletariado. La dialéctica marxista es muy distinta a la de Hegel, en la que la tesis y la antítesis dan paso a una síntesis, que se convierte en la nueva tesis. En el marxismo la única dialéctica posible es la que surge de la lucha de clases, con la violencia como único camino revolucionario de transformación. La lucha de clases es el motor que transforma el mundo y da sentido al materialismo histórico que lo explica. Desde la primera forma de propiedad, que es la de la



tribu, formada por patriarcas, miembros tribales y esclavos, la estructura social y económica no habría cesado de transformarse para pasar a la antigua propiedad comunal de la tierra, y después a la feudal, que dejó paso a la burguesa con el desarrollo de la industria manufacturera, con la que aparece la propiedad privada pura, despojada ya de toda apariencia de comunidad, y que dio lugar al nacimiento del capitalismo. Sobre este marco económico, y por tanto material, se va construyendo la superestructura constituida por el marco jurídico, político, religioso y cultural, cuya finalidad no es otra que legitimar la realidad social capitalista.

La lucha del proletariado con la burguesía es el inicio de la meta final, pero entre la sociedad capitalista y la comunista media un periodo de transformación revolucionaria, que es un momento de transición que ha de corresponderse con la dictadura revolucionaria del proletariado. En resumen, dado que la propiedad privada de los medios de producción implica la explotación del trabajador, se hace imprescindible eliminarla. El marxismo rechaza el mercado libre porque con este mecanismo los vendedores obtienen beneficios privados basados en la explotación del trabajador.

Las teorías de Marx y Engels proporcionaron el programa de la Asociación Internacional de Trabajadores, conocida popularmente como la I Internacional, fundada en Londres en 1864, con el fin de preparar a los trabajadores para la inminente crisis del capitalismo. Esta organización se vio desgarrada desde el principio por las disputas entre socialistas y anarquistas. Aunque ambos coincidían en preconizar una sociedad sin clases y sin Estado, así como la revolución violenta, los anarquistas veían el potencial revolucionario en el campesinado y no en la clase obrera industrial. Por otro lado, mientras que los socialistas sostenían la necesidad de la dictadura del proletariado, los anarquistas rechazaban el Estado en todas sus formas. Y, finalmente, los marxistas pensaban que la progresión

natural del capitalismo acabaría por traer la revolución, y los anarquistas propugnaban la llamada acción directa, mediante un ataque inmediato al sistema existente.

El tiempo acabaría por dar la razón a los anarquistas, ya que las revoluciones estallaron no solo en países industriales, sino en los agrarios, y la dictadura del proletariado convirtió al Estado en una dictadura permanente de los trabajadores intelectuales sobre los trabajadores manuales y los campesinos. La misma revolución de 1917 fue el resultado de un asalto directo al Gobierno en un país donde el capitalismo se encontraba aún en sus primeras fases de desarrollo. Con el tiempo se fue viendo que las predicciones de Marx resultaban erróneas en tanto que el capitalismo nunca ha sufrido una crisis fatal y los trabajadores no han padecido el empobrecimiento del que hablaba. En Alemania, donde el Partido Socialdemócrata era especialmente fuerte y parecía estar a punto de obtener una mayoría parlamentaria, prefirieron la actividad sindical, que aceptaba el orden capitalista, y se concentraron en obtener un mayor porcentaje de beneficios dentro del sistema. Esta fue la razón por la que no estalló ninguna revuelta en los países capitalistas avanzados.

A partir de 1883, tras la muerte Marx, aunque se seguían reafirmando en la ortodoxia, primero los socialistas y después los comunistas comenzaron a revisar la teoría marxista. El resultado fue la socialdemocracia. En los países de Europa oriental y del tercer mundo, las revisiones tendieron a exacerbar los elementos de violencia, cuyo resultado fue el comunismo.

En 1876 se disolvió la I Internacional y en 1889 se creó la II Internacional, que dominó la política socialista hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial. Esta organización unió a los partidos socialistas de varios países, que excluyeron a los anarquistas, siendo su pilar fundamental el Partido Socialdemócrata alemán y su plataforma oficial, el llamado Programa de Erfurt, adoptado en 1891. Sostenía que los inte-

reses del Estado burgués y los de la clase trabajadora eran irreconciliables y que consiguientemente a los trabajadores no debía importarles su país y por tanto solo debían lealtad a su clase. Reafirmaba la unidad internacional de los trabajadores, así como la inminencia de la revolución que aplastaría al capitalismo y a la burguesía en todo el planeta. No todos los socialistas aceptaron una postura tan extrema, pues en los países de Europa algunos hicieron un planteamiento más realista, considerando más probable que el progreso de la clase trabajadora viniera de la reforma política y económica antes que de la revolución. La Sociedad Fabiana, asociación socialista inglesa, fue la principal defensora de esta línea. Eduard Bernstein, destacado socialdemócrata alemán, encabezó el ataque más audaz a las premisas y el programa del marxismo. Según su posición, ni el capitalismo estaba a punto de derrumbarse, ni los trabajadores se hallaban sumidos en la indigencia. Seguía creyendo en el socialismo, pero pensaba que llegaría como consecuencia del desarrollo de una política pacífica y de progreso social en el seno del capitalismo. El Partido Socialdemócrata alemán rechazó el revisionismo de Bernstein y mantuvo su adhesión al revolucionario Programa de Erfurt. De esta forma, durante su apogeo en el cuarto de siglo anterior a la Primera Guerra Mundial, el socialismo europeo se alejó en la práctica, aunque no siempre en la teoría, de la revolución violenta para acercarse a la reforma pacífica.

La II Internacional mantuvo la convicción de que los trabajadores de todos los países eran hermanos y tenían la responsabilidad de evitar las guerras desatadas por el capitalismo. En el congreso de Stuttgart, celebrado en 1907, se adoptó una resolución en cuya redacción participó Vladimir Lenin, por la que se adquiriría el compromiso de despertar a las masas, en caso de guerra, para acelerar la caída del capitalismo, transformando la guerra entre naciones en una guerra civil entre clases. En el siguiente congreso de 1910, los delegados aprobaron por

unanimidad una resolución que instaba a los parlamentarios socialistas a votar en contra de cualquier crédito de guerra. Sin embargo, no solo no se pudo evitar la guerra de 1914, sino que tanto los socialdemócratas alemanes como los socialistas franceses, incumpliendo sus solemnes compromisos, votaron los créditos de guerra y pusieron su lealtad nacional por encima de su lealtad de clase, hecho que no pasaría inadvertido para Benito Mussolini y Adolf Hitler, quienes accedieron al poder tras la guerra, basándose en plataformas ideológicas que supieron fusionar el socialismo y el nacionalismo.

La causa del internacionalismo socialista se vio desplazada fuera de la Europa occidental, primero a Rusia y luego a otros países no occidentales.

El movimiento revolucionario en Rusia nació en la década de 1870, bajo la influencia de las doctrinas socialistas y anarquistas occidentales, que ganaron adeptos fundamentalmente entre los estudiantes universitarios. No tuvieron éxito entre los campesinos leales al zar y los más radicales abandonaron el movimiento. Pero un pequeño grupo formado por el partido Voluntad del Pueblo inició una campaña de terror y lograron asesinar al zar Alejandro II en marzo de 1881, con lo que consiguieron el efecto contrario al que buscaban. En 1898, se fundó el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que planteó la idea de llevar a cabo la revolución en dos etapas, en la primera se destruiría la autocracia zarista, dotando a Rusia de un régimen burgués democrático, que sería destruido en una segunda etapa. El Partido Obrero Socialdemócrata Ruso se organizó oficialmente en 1903, en un congreso celebrado en Londres. El movimiento no tardó en dividirse en una facción dirigida por Márto, apodada «mencheviques», y otra liderada por Lenin, que se autodenominó «bolcheviques». El término comunista pasó a asociarse a Lenin y a su facción.

El inicio de la Primera Guerra Mundial hizo que se precipitaran los acontecimientos en Rusia, aliada de las potencias

occidentales. A finales de 1914, el alto mando alemán llegó a la conclusión de que la única manera de ganar la guerra era dejando primero fuera de combate a Rusia. Así pues, en la primavera de 1915 se inició una campaña que hizo retroceder a las tropas rusas varios cientos de kilómetros. La situación se complicó, se hizo insostenible y el zar abdicó, dando paso al Gobierno provisional, que prometió convocar elecciones para elegir una asamblea constituyente. Los alemanes y austriacos, estancados en el frente occidental, mantenían una estrecha vigilancia sobre Lenin, situado en Suiza y contrario a la guerra. Le permitieron llegar a Petrogrado y le dotaron de fondos suficientes para que reconstruyera su partido. En julio de 1917, los bolcheviques organizaron un golpe de Estado que fracasó. Trotsky fue detenido y Lenin logró escapar a Finlandia. Fue en ese momento cuando Kerenski, jefe del Gobierno provisional, se enfrentó al general Kornílov, al que acusó de planear un golpe de Estado. Ante el peligro, Kerenski liberó a los bolcheviques y les dio armas para hacerle frente. En las elecciones a los soviets celebradas el mes siguiente los bolcheviques obtuvieron unos resultados impresionantes, lo que indicó a Lenin que había llegado el momento de dar el golpe decisivo. El 7 de noviembre, unidades bolcheviques tomaron todos los puntos estratégicos de la capital sin disparar un solo tiro y se desencadenó una guerra civil. En marzo de 1918, Lenin hizo que sus lugartenientes firmaran en Brest-Litovsk un tratado de paz con los alemanes por el que finalizaba la guerra a cambio de entregarles vastos territorios.

Lenin nacionalizó la tierra e incitó a los trabajadores a tomar las fábricas con el objetivo último de nacionalizar todos los recursos humanos y materiales para someter la economía a una planificación central. Los bolcheviques ganaron la guerra civil, recuperaron gran parte de los territorios fronterizos cedidos y en 1924 se creó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. La revolución supuso un inmediato desastre eco-

nómico, social, político y humanitario, pues las hambrunas acabaron por llevarse por delante más de seis millones de personas, pero nada parecía que fuese un obstáculo en la implantación del comunismo, que enseguida trató de exportarse al resto de los países de Europa, dado que los bolcheviques no querían quedarse aislados en un mundo predominantemente capitalista.

En Alemania surge un primer intento en 1918 nada más terminar la Primera Guerra Mundial, y en 1919 se llega a declarar la República Soviética de Baviera como Estado independiente, que será aplastado en 1920. En Hungría se creó una República Soviética que fue sometida de inmediato por tropas rumanas. En Italia el bienio rojo se produjo entre 1919 y 1920, con huelgas y revueltas en Turín, de inspiración socialista y anarquista, que fueron desactivadas por el Gobierno de Giovanni Giolitti, lo que abrió el camino para que Mussolini se pusiese al frente de Italia con su revolución fascista, se produjese más tarde la guerra civil española y llegase al poder en Alemania el nacionalsocialismo.

En 1924, con la muerte de Lenin, se consolida en la URSS un régimen en el que la burocracia y el terror fueron las notas distintivas bajo el liderazgo de su sucesor Stalin, y las purgas salvajes llegaron a las filas del propio Partido Comunista, sometiendo a los intelectuales de forma que no estaban ya al servicio de la revolución, sino de la burocracia, de manera que los límites de la acción intelectual quedaban definidos exclusivamente por la «doctrina oficial». En este contexto, el menguado pensamiento marxista vuelve de Oriente a Occidente, desarrollándose así el llamado marxismo occidental, que abarca desde el periodo de entreguerras hasta los años sesenta.

Salvo Lukács, que era húngaro, los representantes más destacados de este nuevo pensamiento son más occidentales, como es el caso de Gramsci (Cerdeña), Korsch (Sajonia occidental), Della Volpe (Romaña), Sartre (París), Althusser (Argelia

francesa) y los más importantes miembros de la Escuela de Frankfurt, como Benjamin (Berlín), Marcuse (Berlín), Horkheimer (Suabia) y Adorno (Frankfurt).

El problema de la teoría económica había estado en el centro de interés de Marx durante sus últimos años, y había continuado vivo en las dos generaciones siguientes, pero fue abandonado por el neomarxismo occidental, que centró su estudio en cuestiones más abstractas de filosofía y problemas culturales. Los teóricos de la Escuela de Frankfurt abarcaron la crítica musical y literaria, el análisis del cine, los medios de comunicación de masas y los estudios relativos a la familia, la sexualidad y el erotismo, entre otros asuntos de interés social y humano.

Los pioneros de estos planteamientos fueron Lukács, que fue duramente reprendido por el Komintern a causa de sus escritos, Korsch, expulsado del Partido Comunista de Alemania en 1926 por afirmar que el capitalismo había logrado afianzarse y por criticar la política exterior soviética, y Gramsci, encarcelado por Mussolini desde 1926 a 1935, para finalmente morir dos años más tarde.

Esta corriente de pensamiento desplazó todo su esfuerzo intelectual de la economía y la política a planteamientos más abstractos como la filosofía y la cultura, desviando el debate desde el partido político a la cátedra universitaria y convirtiendo las universidades en espacios pseudorrevolucionarios durante los años sesenta. El interés del análisis pasa del conocimiento de la infraestructura material —para mediante su transformación revolucionaria cambiar la superestructura cultural, política, religiosa, social, etc.— a estudiar los métodos para actuar directamente sobre esa superestructura, transformarla y así modificar la infraestructura material.

Esta corriente surge de la constatación del fracaso por las derrotas sufridas en todas las intentonas revolucionarias que siguieron al triunfo de la Revolución rusa en otras partes, además de que la implantación del socialismo real había puesto de

manifiesto sus aterradoras miserias, y el capitalismo, a pesar de la grave crisis sufrida en 1930, y que tantas esperanzas dio al socialismo, se había consolidado y expandido creando prosperidad, hasta el punto de que las décadas de los cincuenta y los sesenta fueron consideradas como las de la «edad de oro» del capitalismo.

La clase obrera era testigo de los cambios tanto cuantitativos como cualitativos que se estaban produciendo a través de avances tecnológicos que aliviaban los trabajos manuales más pesados; de cómo los trabajos demandaban cada vez más esfuerzo intelectual que físico; cómo las funciones de dirección se multiplicaban; cómo el ascenso social pasaba a ser una realidad entre las familias obreras. Progresivamente los profesionales iban administrando las empresas, y se distinguía claramente la propiedad de la gestión. Esta era una realidad que los propios pensadores de la Escuela de Frankfurt no podían negarse a ver, pues ellos mismos estaban disfrutando de las ventajas de ese capitalismo al vivir como exiliados en los Estados Unidos.

La cuestión que resolver era la de cómo lanzar a la revolución a una clase obrera integrada en un sistema que, desde el punto de vista político, legitima sus decisiones al tomarlos en cuenta con arreglo a un sistema democrático que funciona según la voluntad de la mayoría de la que también forma parte el proletariado.

El obrero, como sujeto revolucionario, estaba desapareciendo. El mismo Marcuse lo trató de «conservador» y «contrarrevolucionario». El sistema capitalista se había convertido así en algo mucho más difícil de socavar. Las leyes del marxismo, tan pretendidamente científicas, no se cumplían y era necesario encontrar un nuevo o nuevos sujetos revolucionarios. Como en su momento afirmaron Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, la economía deja de ser un espacio de constitución objetiva de sujetos políticos, perdiendo con ello relevancia la categoría de «clase social». Planteamiento que se ha dado en llamar «posmarxismo».